

perfil de Rafael de la Rica

Filosofía oriental, técnica occidental



Rafael de la Rica ante algunas de sus pinturas

MANÉ ESPINOSA

SÓNIA HERNÁNDEZ

En las pinturas de Rafael de la Rica (Maó, Menorca, 1980), de impecable factura clásica, hay algo de irrealidad o engaño. Partiendo de su voluntad de “dar valor a los objetos cotidianos”, como él mismo ha descrito, dispone los que encuentra a su alrededor y aplicando técnicas propias de la tradición holandesa de pintura consigue luces y volúmenes

que los dotan de una cierta extrañeza. A la vez, es la realidad y no lo es, es algo antiguo y es algo contemporáneo. Y con frecuencia hay algún elemento frágil que está en peligro, ya sea una bombilla o una fruta a punto de pudrirse. Son estos matices los que, según sus propias palabras, lo distingue de los artistas hiperrealistas porque “yo no me limito a copiar una fotografía, si tengo

las claves

EL ARTISTA. Estudió Bellas Artes, aunque es en la escuela La Llotja donde más encontró lo que más buscaba. Expone por tercera vez en la galería Barnadas y su obra ha sido adquirida por coleccionistas de Estados Unidos, Japón, Arabia Saudí u Holanda.

LA OBRA. Pinta en interiores porque en su Menorca natal acabó saturado de practicar con paisajes. Sus bodegones con objetos cotidianos combinan aspectos modernos y técnicas clásicas. También se dedica al retrato. Influenciado por Claudio Bravo, se distancia del hiperrealismo.

que modificar un reflejo o una sombra, lo hago para favorecer la imagen que busco”.

En la utilización que hace de muñecos clicks de Playmobil o de determinadas marcas no debe leerse ninguna referencia generacional, puesto que se esfuerza para que en su obra “no haya ningún mensaje. Me molestaría que lo encontraran, aunque a veces es inevitable. Me

han criticado por eso, como si fuera obligatorio que la pintura tuviese mensaje, pero a mí me importa el impacto visual”, afirma. Sólo ofreciendo “una imagen pura”, exenta de mensaje, cree que puede incitar a la meditación o la reflexión, pues no otra es la finalidad última a que aspiran sus obras: “Mi filosofía es más oriental, mientras que la técnica es puramente occidental”.

Desde los ocho años ha asistido a academias de dibujo en las que le hacían practicar invariablemente con el paisaje, porque si algo tienen en su Menorca natal, es paisaje: “Me sobresaturé”. Por eso, desde que llegó a la Llotja y descubrió la importancia de las tramas o texturas, se centró en los objetos cotidianos, con una especial predilección por las granadas, las arcillas y los metales. En la escuela barcelonesa, mucho más satisfactoria que su paso por la facultad de Bellas Artes, su profesor Xavier Canals le hizo ver la importancia de ser honesto y de apostar firmemente por lo que creía y lo que quería hacer con un argumento un tanto tautológico –“Si los clásicos lo son durante tantos siglos, es por algún motivo”, le dijo–, pero que sin duda le sirvió para “aprender a ser mi propio maestro”. No habla de grupos ni generaciones, aunque sí se declara abiertamente admirador del trabajo de artistas como el holandés Bernhard Verkaaik, los españoles César Galicia, Gerardo Pita y, especialmente, el chileno Claudio Bravo. De la misma manera que rehúye atribuir una intencionalidad a sus bodegones, escapa del debate sobre la vigencia de la pintura, porque “lo que quiero hacer es pintar, lo demás todo me sobra”. |

Rafael de la Rica

GALERÍA JORDI BARNADAS. BARCELONA. WWW.BARNADAS.COM. HASTA EL 11 DE OCTUBRE